GABRIEL MIRÓ, ¿DEL QUE NADA APRENDIMOS?

EN unos cuantos artículos—aquí o allá—venimos dándole vueltas a esos que llamaríamos "maestros imposibles", y también "los olvidados de 1927". Una fecha en la que hacemos coincidir varias generaciones, intermedias todas del 98 y la guerra española, que de España estamos hablando, por supuesto. Ápice de un momento español europeizante, liberal, purista e intelectualizado. Los nombres dicen algo: Eugenio D'Ors, Ayala, Miró, Blasco Ibáñez, etc. Más adelante, Pemán, Sánchez-Mazas... Cada uno requeriría un estudio, y con todos ellos se puede completar una cuidadosa galería, bastante extensa, de "maestros imposibles".

Olvidados, digo, porque las actuales generaciones han empalmado directamente con el 98, con los maestros anteriores. Y más recientemente prefieren colocarse bajo la advocación de los extranjeros. Es interesante estudiar cómo y porqué se frustró el magisterio de algunos de aquellos hombres. Estudiar, globalmente, la frustración de varias generaciones que, más o menos, han pasado de sus tertulias—allá por los años veinte—a ser asignatura literaria, sin quedar apenas en ninguna juventud. Por excesivo magisterio o excesivo esteticismo. Por minoritarios o mayoritarios. No sé por qué. Cada caso, ya digo, es toda una ocasión. De entre ellos, el aludido Gabriel Miró me tienta ahora especialmente. Gabriel Miró, ¿del que nada aprendimos?

"No tenía nada que decir", se ha escrito de él con más intención panegírica que peyorativa. Entre aquellos hombres—o un poco al margen—llenos de ideas, Gabriel Miró no tenía nada que decir. Pero hoy le identificamos con todos ellos, porque se trataba de unas generaciones eminentemente estéticas, y Miró era el adivinado trasfondo de belleza, de clasicismo, de perfección, para cada ideología. Más optimistas que los del 98, más naturalmente europeos, estos hombres que vinieron después daban una sensación de seguridad que les nacía de su clasicismo.

Lo que por rigor y responsabilidad intelectual no se atrevían a hacer todos, lo hizo por todos Gabriel Miró. Quedarse en la belleza serenamente sensual, desnuda y perfecta, en el deslumbrante mutismo mediterráneo, casi pagano, sin palabras, sin ideas, sólo con sensaciones y colores. ¿Miró no tenía ideas? Tampoco las estatuas las tienen. Miró, católico, clásico, mediterráneo, pagano, liberal, era todo eso con un sentir plástico, estético más que mental. Pensaba con imágenes, discurría con sensaciones. Des-

pojada de ideologías y conceptos, la clara escultura acatada por ellos, por todos ellos, era, no diré que la obra, pero sí el modelo de Gabriel Miró. Mientras unos la servían o interpretaban, él—Gabriel Miró—se limitaba, sencillamente, a copiarla, a reflejarla con su genio de escritor pictórico. Pero la estatua—la deidad—era la misma para todos.

Las cerezas del cementerio, Las figuras de la Pasión, sus prosas de Sigüenza, sus cuentos, su paisajismo... Miró, un prosista irrepetible, por magistral. Y porque nadie se toma la molestia de repetirle. Hay, incluso, un premio de novela con su nombre, en su honor. Pero alguno de los ganadores de ese premio ha afirmado, más o menos, que Miró le trae sin cuidado. Otro maestro imposible. Y los que más se han acercado a la calle, los que hoy conviven con nosotros a través de su periodismo, herederos en gran parte del sentimiento clásico-liberal de aquellas generaciones, no llegan a ejercer—ésa es la verdad—el magisterio que pudieran. En el 98 o en los extranjeros, repito, encuentra hoy el hombre joven una identidad de preocupación, de lucha, de incógnita, de compromiso, que falta en estos maestros imposibles, demasiado confortables, quizá, y autosuficientes. ¿Vamos, entonces, a caer en el tópico de decir que nuestras generaciones jóvenes carecen de maestros? Digamos, mejor, que no es ya maestros lo que esa juventud busca o necesita, sino amigos, compañeros, ayudadores camaradas para la aventura en que está o cree estar metida. Y esto nos pondría en trance de negar su calidad humana, cordial, a los maestros imposibles, cosa a la que uno, la verdad, tampoco está dispuesto. Intentemos, mejor, llegar a ellos, descubrirles su fluencia emotiva, su capacidad de compañía; la hombredad, que diríamos hoy.

No sé si en nuestra actual hora literaria hay tiempo para eso. Yo lo he intentado con algunos, como ahora—muy brevemente—con Gabriel Miró. Que pasó por el mundo sin comprender demasiado, quizá cegado de belleza, cansado de no ser ángel. En un tiempo de esteticismo no le disculpa haber sido uno más, o el mejor, sino el ser la estética misma. Nunca en nuestra literatura, en nuestro impuro modo de hacer, se ha dejado tan desnuda la belleza, tan sin complicaciones doctrinales. Su torre ebúrnea jamás fué torre de Pisa inclinada por la intencionalidad. Se trataba, en el caso Miró, de un impacto purísimo directo, de una estética sin pecado que ya quisieran imitar los esteticistas de hoy cuando enfocan el Norte o el Sur, y sin decir tampoco nada manchan todo lo que dicen. Bien cierto que ya no se puede escribir así, que quizá nunca se volverá a escribir así. Pero aquello era hermoso y ahí está. ¿Que no dice nada? Dice que un hombre creyó en la imposible pureza del mundo, en la palpitación de los colores, en lo bello latiendo mucho más fuerte que el mal y el bien. Otros escuchan la pasión rítmica de los corazones; él escuchaba el pecho blanco de las estatuas. ¿Sabemos de verdad que el hombre ha nacido para asordar el universo? ¿No será la función hacia lo sobrenatural escuchar—siempre escuchar— la belleza rumorosa del mundo? Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que caben en nuestra filosofía. A ese cielo y esa tierra atendía—sin filosofar—Gabriel Miró.

Gabriel Miró, ¿del que nada aprendimos...?

FRANCISCO UMBRAL.